

Ramón Flecha. *Compartiendo palabras. El aprendizaje de las personas adultas a través del diálogo*. Barcelona: Paidós. 1997

MANUEL. UNA VIDA DE LUCHA CONTRA LAS DESIGUALDADES CULTURALES

Manuel disfrutaba con las sesiones del Ramancero gitano, pero consideraba a García Lorca un señorito, palabra que le inspiraba poca simpatía. Antes de emigrar, su padre era labrador y tenía que dar parte de la cosecha a un amo que se hacía llamar así. En comparación con la situación anterior de servidumbre, su familia experimentó como una liberación ocupar las posiciones más bajas de una gran ciudad industrial.

García Lorca era todo menos aristócrata. Pero a los ojos de muchos trabajadores había llevado una vida fácil, dedicada a actividades creativas y fiestas, con abundante tiempo libre. Mientras tanto, otras personas sufrían mucho y ganaban poco cosechando alimentos, construyendo casas y limpiando la ropa de quienes se dedicaban a escribir. Al leer y comentar las vacaciones del poeta en Cadaques, en vez de centrarse en las relaciones con Dalí y su hermana, Manuel resaltaba lo fácil que era escribir bien en esas condiciones. Palabras como playa, estiercol, lectura y escritura tenían para él un significado muy distinto que para Lorca o Dalí.

Su familia forma parte de la gente que hizo realidad el desarrollismo de los años sesenta trabajando duro en las fábricas y malviviendo en los barrios. El padre y los dos hermanos mayores salieron de Andalucía en 1947 y durmieron en las playas de la Barceloneta hasta que, unos meses más tarde, consiguieron una chabola. Teniendo ya un techo, se vieron en condiciones de llamar a la madre y otros seis hijos. Para ahorrar un billete, Manuel, que entonces tenía ocho años, se escondió bajo el asiento durante veinticuatro horas. Sus hermanos pequeños tampoco pagaban, viajaban en la falda de su madre.

/, Dalí y sus amigos también dormían en la playa, pero dentro de una excelente casa. El pintor recibía a artistas y otra gente con similares estilos de vida. El poeta Paul Elouard vino con su mujer, Gala. Para lograr seducirla, el pintor -entre otras cosas- caminó por la arena con sus ropas cubiertas de estiércol. Paul volvió solo a Francia. Gala fue desde entonces la mujer de uno de los más famosos y ricos pintores del siglo.

Para Manuel, el estiércol no era un adorno. En el pueblo, trabajaba cuidando cabras. En Barcelona consiguió un empleo transportando paquetes en un carro llevado por un burro. Ahí comenzó su diferente forma de leer: tenía que actuar como trabajador alfabetizado cuando solo era un niño que no sabía escribir. Como los destinatarios eran siempre los mismos, pudo aprender de memoria el dibujo de las palabras en sus señas.

A los once años asistió a un curso nocturno de personas adultas, que pagaba con las propinas. El profesor pretendía corregir su acento andaluz pegándole con la regla. En lugar de leer y escribir, aprendió cómo la escuela puede despreciar a la gente del pueblo.

Cuando conoció detalles de la existencia de quienes escribían libros, se veía a sí mismo como un trabajador manual para siempre, incluso un posible desempleado. Mientras leía tras una jornada laboral, su mayor preocupación era eliminar el muro entre literatura y clase obrera. Los sentimientos de cualquier compañero de fábrica eran tan importantes para él como las más sofisticadas inspiraciones de cualquier élite.

Goyo, el coordinador de la tertulia, también trabajó desde niño, aunque solo durante parte de su tiempo libre y vacaciones. Hasta que cumplió veinte años su principal responsabilidad fueron los estudios. Su primera academia, en una calle muy popular sin asfaltar, seguía una especie de enseñanza intensiva que le permitió llegar a los siete años al colegio de los jesuitas con unos conocimientos académicos similares a los de sus compañeros de curso, que eran de clase social más alta. Como le fue bien, la instrucción abrió puertas que habían estado cerradas para su padre y su madre. De hecho, no veía la situación de Lorca en Fuente Vaqueros, Cadaques o Harlem como algo inalcanzable, sino como posibles oportunidades para su futuro.

Sus recuerdos de noches junto al mar estarían siempre vinculados a momentos lúdicos. Al final de cada curso universitario, pasaba una noche en la playa salvaje de Sopelana con un

grupo de su clase, recitando poemas alrededor de un fuego donde quemaban los apuntes mientras bebían un fortísimo zurracapote. Era verano y, al día siguiente, no iban a trabajar sino a dormir en sus confortables hogares. Pasó veladas increíbles bajo la luna, pero nunca fue un «sin techo» ni trabajó en una fábrica. Su formación inicial procedía de profesores, escritores y críticos: llegó a sentirse muy encerrado dentro de los muros académicos. Quizá eso fue motivo para apasionarse escuchando vivencias literarias de gente como Manuel.

Destruyendo barreras antidialógicas

El contraste entre ambiente rural y sociedad urbana levantaba en Manuel barreras culturales al diálogo, que se acrecentaron con recuerdos como la horrible imagen de su primer curso nocturno. Sin embargo, en ese período de la sociedad industrial, se podía obtener empleo sin apenas formación escolar. Con trece años, accedió a una ocupación estable, aunque su condición oficial de «analfabeto» le mantenía en las posiciones inferiores de la fábrica.

No leía ni escribía, pero tenía unas capacidades muy atractivas; era un buen cantaor, divertido contador de chistes, ameno conversador y excitante mitinero. Pronto, las organizaciones clandestinas se fijaron en él como potencial líder espontáneo. Su influencia era mayor en asambleas y huelgas que en el puesto de trabajo. Además, fue formalmente elegido como representante para el comité de empresa. Su «conciencia de clase» estaba originando una transformación decisiva en su vida.

En manifestaciones y mitines, Manuel demostraba más capacidades que sus compañeros alfabetizados. El paisaje de la lucha obrera tenía algunas similitudes con el ambiente rural, donde las habilidades orales eran más importantes que en la escuela o el taller. Por primera vez podía negarse a aprender lo que la sociedad consideraba necesario; al contrario, la sociedad debía transformarse para valorar su cultura popular. Ese cambio generó confianza en sí mismo y seguridad en su crítica alas autoridades.

En ese contexto oyó hablar de artistas como Picasso, que tomaron partido por el movimiento democrático, y de escritores que habían salido de medios humildes. Manuel se sintió identificado con Miguel Hernández, el poeta de la guerra civil, por su pobre origen rural y porque también fue niño-pastor. Lejos de llevar una existencia frívola, había luchado contra la dictadura tanto en su vida como con su poesía.

El ambiente antifranquista era diferente de la única clase que había conocido. La literatura no venía de la autoridad del profesor o del currículo, sino de sentimientos humanos muy intensos. No era para ser individualmente estudiada, sino colectivamente compartida. En ese movimiento se descubría la poesía recitando y cantando poemas como “Nanas de la cebolla”, escrito por Miguel Hernández en la cárcel, cuando supo que pan y cebolla eran la única comida de su mujer. Impactaba ver a un hombre duro como Manuel teniendo dificultades para contener las lágrimas mientras cantaba: «En la cuna del hambre / mi niño estaba. / Con sangre de cebolla / se amamantaba».

Goyo notó rápidamente que el sentimiento artístico de Manuel era mucho más intenso que en la mayoría de tertulias de intelectuales. En sus manos, cada palabra generaba nueva ilusión, recreada desde perspectivas que nunca hubiera podido imaginar. Leía desde un intenso sentimiento de exclusión por parte de la sociedad letrada. Poemas como “Nanas de la cebolla” no fueron escritos en una segunda y tranquila residencia junto al mar. Esa poesía que tanto impresiona al grupo surgió como el grito de una dramática sensación del ser humano: el hambre de su familia.

La lectura de *El siglo de las luces*, de Carpentier, fue desafiante para todas las personas que estaban directa o indirectamente implicadas en perspectivas transformadoras. Margarita recordó sus primeros pasos en el movimiento obrero, sobre todo viendo a Víctor entusiasmar a Esteban y Sofía en las ideas de la Ilustración y a los dos hombres vivir en París la Revolución francesa. Manuel recuerda sus primeras dudas al tiempo que comentaba cómo Víctor se une a los jacobinos y tomaba parte en la represión de Robespierre, mientras Esteban siente una gran preocupación por el nacimiento de una burocracia muy diferente a la utopía social que espera del proceso revolucionario. Hubo división de opiniones cuando Víctor vuelve como gobernador a Guadalupe, isla latinoamericana, trayendo en una mano la abolición de la esclavitud y en otra la guillotina.

El grupo se sintió muy decepcionado al leer cómo Víctor se convierte primero en un revolucionario autoritario y después en un dictador reaccionario restableciendo la esclavitud.

Comprendían la gran decepción de Esteban y Sofía con la aplicación de las ideas revolucionarias. Al final, se identificaron con estos personajes en el reencuentro con sus ideales: la necesidad transformadora de la gente del pueblo. Gustaba el esperanzador diálogo del final: «Esteban: "¿Y vas a pelear por quién?"; Sofía: "¡Por los que se echaron a la calle!"; Esteban: "¡Qué!"; Sofía: "¡Algo!" Esteban (*un poco después*): "¡Espera por mí!" ».

Durante el comentario de esta novela, Manuel fue contando el conmovedor relato de la ilusión y desencanto de un luchador proletario. El sueño fue creciendo durante los años sesenta y primeros setenta, la mejor fase de los movimientos obreros en el último período de la sociedad industrial. Incluso en países donde las dictaduras impedían la existencia legal de sindicatos de clase, obtenían conquistas salariales y desarrollaban acciones solidarias. Tenían bases firmes en las grandes empresas donde las condiciones de trabajo y vida eran bastante homogéneas.

Muchos líderes se sentían relativamente confiados y optimistas. La fuerza de la clase obrera era también la suya. Los aspectos positivos compensaban y superaban las tristes contradicciones. La peor sensación de Manuel fue descubrir que la cultura letrada era requisito para pertenecer a las estructuras dirigentes de los movimientos alternativos. Su fértil saber oral, primero despreciado por las estructuras escolares y empresariales, después ensalzado en las asambleas, era otra vez excluido en los niveles superiores de las organizaciones obreras.

Algunas autoridades de las reuniones clandestinas eran compañeros que apenas hacían alguna contribución en las asambleas, huelgas y manifestaciones. El Víctor de la novela de Carpentier le traía penosos recuerdos de esos que ahora denominaba burócratas. Uno de ellos se le acercó diciendo: «Haz un mitin a la hora del bocadillo, hay que iniciar una huelga hoy». Desde entonces, desconfió y fue muy crítico con los procedimientos autoritarios de las organizaciones. Aunque, como Sofía, siempre continuó luchando por la gente de base, las semillas de la desilusión se habían instalado en su espíritu.

Hizo el mitin a regañadientes, le salió bien y hubo huelga aquel mismo día. Siempre se arrepintió. Sabía que sus palabras habían provocado un efecto predeterminado, en lugar de comunicar sus propias sensaciones. Su lenguaje no había sido sincero, sino instrumentalizador de sus propios compañeros.

Cuando se creó la tertulia, ya hacía tiempo que Manuel sabía que esos planteamientos de las organizaciones obreras carecían de sentido en la nueva situación. Muchas fábricas cerraban y el desempleo paso a ser una gran preocupación. Inicialmente muchos líderes consideraron la crisis como un mal provisional; después fueron descubriendo que la sociedad industrial ya no volvería jamás.

Sus formas de vida y convicciones se derrumbaron y sus esperanzas y voluntades transformadoras tuvieron que ser abandonadas o actualizadas.

La transición política de la dictadura a la democracia dio posibilidades para ocupar puestos en las administraciones. Muchos burócratas realizaron repentinamente cambios de ideales y afiliaciones políticas que resultaron muy útiles para su ascenso social. Manuel sintió un profundo desencanto al ver cómo los mismos compañeros que le auparon como héroe del movimiento obrero traicionaban ideales solidarios. Sin embargo, como Sofía en *El siglo de las luces*, seguía luchando por la gente de base, 'aunque ya no sabía bien cómo.

Atribuyó la crisis de su empresa al robo de los capitalistas y presionó a los propietarios para que invirtieran más en su reestructuración. De esta manera, mantuvo su radical conciencia obrera generada en la tradicional sociedad industrial. Desde ella, se enfrentó también a la negociación de los sindicatos.

Cuando los trabajadores decidieron mantener abierta la fábrica, organizándose en cooperativa, apareció una nueva esperanza. Ya no habría capitalistas que robaran los beneficios, todo el producto de su actividad sería para el colectivo que la realizaba. Desaparecerían las jerarquías basadas en la diferencia de clases, ya no sería necesario someterse a nadie para seguir dando de comer a la familia. Por fin, la fábrica sería un grupo de personas libres e iguales, con un compañerismo orientado a la solidaridad con el conjunto de la clase obrera.

La evolución posterior le hizo sufrir mucho, pero también buscar nuevas perspectivas a su lucha. La autogestión comportó innumerables problemas, en especial cuando algunos trabajadores entendieron la ausencia de control jerárquico como la posibilidad de cargar la faena a las espaldas de sus compañeros. Ese ya no era un egoísmo de los capitalistas, ni de los burócratas, sino de la gente de base. Nunca le pareció tan difícil realizar una transformación solidaria de la sociedad. En esta ocasión, el desánimo llegó hasta lo más profundo de sus convicciones.

Al final de los años setenta mucha gente tuvo el mismo desencanto. El ambiente social se contaminó con ataques orientados a asfixiar los principios de los movimientos emancipadores. El objetivo de igualdad fue reemplazándose por el de diferencia. Se criticó la idea de activismo hasta llegar a etiquetarlo como el peor de los totalitarismos. Se proclamaron

valores como el relativismo o la indiferencia hacia las injusticias. La identidad material y espiritual del proletario industrial cayó en una crisis total.

Produciendo un excluido social

Cuando el barrio obrero donde residía se movilizó por un centro de educación de personas adultas con el eslogan “Nunca es tarde para aprender”, reapareció el brillo en sus ojos. Por un lado, necesitaba conocer nuevas cosas para adaptarse a la situación de la empresa. Por otro, creyó descubrir una forma de reemprender su lucha por la equidad.

Desde el primer momento se centró en los temas sociales. Antes de tener un dominio de la lectoescritura, logró a través de su comunicación oral una visión global de la sociedad y la dramática crisis de la clase obrera industrial. Planteaba preguntas y polemizaba con fuerza hasta que sus propias reflexiones aportaban clarificación a sus preocupaciones.

La crisis de la fábrica era algo más que el resultado del egoísmo capitalista o la traición de algunos líderes sindicales: un proceso global donde ejecutivos, sindicalistas y trabajadores encontraban grandes dificultades para renovarse. Como siempre, unos cuantos privilegiados sacaban provecho enriqueciéndose más a costa de la miseria de la mayoría. Pero era inútil oponerse como antes. Había que buscar nuevas formas de acción y mantener, como Sofía, los principios igualitarios incluso sin saber cómo defenderlos.

La fuerza interna de la rebeldía de Manuel era mucho más intensa que la rigidez de su tradicional estilo luchador. El concepto de paisajes cambiantes reencantó su entusiasmo social. La caída no había sido de la solidaridad en general, sino solo de sus formas típicas en la sociedad industrial. Le ilusionó participar en la clarificación de la nueva situación y en el dibujo de otras orientaciones para su búsqueda de la igualdad.

Pero, ¿qué era ahora la gente de abajo?; ¡con lo claro que tenía antes el concepto de clase obrera! Además de la continua disminución y diversificación de los puestos de trabajo estables, muchos empleados se movilizaban solo por sus objetivos particulares olvidando los intereses generales y solidarios del conjunto de la población trabajadora. Las personas más débiles, paradas y subempleadas, excluidas de los movimientos corporativos del resto.

Hablando con otra gente, logró explicaciones a esa ruptura de la solidaridad obrera. La revolución de la información disminuía la oferta de horas laborales del mercado formal. Este hecho podría ser usado por un modelo social igualitario reduciendo la jornada y repartiendo el empleo, y por un modelo antigalitario reduciendo el número de puestos de trabajo y aumentando el paro.

La ofensiva fue total durante los años ochenta. La selección de los «mejores» para manipular las nuevas tecnologías se llevó de forma complementaria con la exclusión del resto. La población mayor de cuarenta y cinco años que no había completado la escolaridad obligatoria fue considerada no reciclable para las nuevas formas de trabajo y clasificada como sector a excluir.

Según oyó a un político, lo mismo había ocurrido con la revolución industrial. Al principio empeoraron las condiciones de vida de mucha gente, como quienes trabajaban en las minas, pero luego hubo importantes mejoras como la jornada de ocho horas o el Estado del bienestar. Quizá fue tal preocupación la que llevó a escoger una lectura sobre ese período histórico.

Germinal gustó mucho. Zola conmovió con su descripción de la vida y rebelión de los mineros y sus familias. Se resaltaba cómo el autor naturalista refería la pobreza espiritual, además de la miseria material, con numerosos conflictos internos en la propia clase obrera. No se adoptaba una visión simplista de obreros buenos y capitalistas malos; por el contrario, algunos se indignaban con pensamientos como los de Etienne (líder de la huelga), cuando muestra más preocupación por su propio futuro que por los compañeros muertos.

Manuel insiste en que hoy se está creando un nuevo tipo de miseria. Rechaza ver la sociedad de la información como un simple paso en el progreso de la humanidad. Dice que tiene muy cerca una pobreza que afecta a su familia, amistades, vecinos y compañeros; y también que ha experimentado dramáticamente el empobrecimiento espiritual del pueblo.

Afirma que serán necesarias muchas luchas como la relatada en *Germinal* para mejorar las condiciones de todas las personas y no solo de unas cuantas. La jornada de ocho horas y los servicios sociales no fueron regalos de los capitalistas, se arrancaron con la fuerza de los movimientos obreros. «No hemos de confiar en que repartan lo que están ganando con la revolución de la información, ni tenemos por que esperar que quieran hacerlo. Ahora también hemos de luchar mucho para salir de nuestra miseria.»

La sensibilidad ante las desigualdades estuvo y estará siempre en los comentarios de Manuel. Después de leer este libro, *Compartiendo palabras*, escribió: «En esta vida dura y penosa, por todo nuestro planeta corren Lazarillos de familias numerosas del campo y de las grandes capitales sin estudios, sin ropas y sin un trozo de pan, lo mismo que montones de ciegos que tienen los ojos tapados para no ver la pobreza de los humanos ... En el paisaje de la playa con Goyo por la noche con un fuego encendido he sentido un deseo de mi juventud no haber tenido unos amigos para ir a la playa en la luz de la luna con los cuerpos desnudos con guitarras y palillos, cantándole a la noche lo mismo que en los tiempos lejanos los hombres primitivos cantaban a la tierra hasta salir el sol».

Retorno de la chispa emancipadora

En el movimiento por un centro de educación de personas adultas, Manuel y sus palabras recuperaron relevancia en el grupo. Sus compañeros, lejos de ser un grupo homogéneo, formaban una pluralidad de trabajadores industriales, desempleados, trabajadoras del hogar, gente mayor y jóvenes. Este sentido de comunidad popular evocaba dulces recuerdos de su infancia en el pueblo.

En asambleas y reuniones todo el mundo podía expresar sus propias ideas y sentimientos, sin ninguna autoridad externa, diciendo a los líderes espontáneos que debían proponer. La movilización era llevada por la misma gente, con sus propias interpretaciones acerca de sus problemas, en lugar de ser objetos instrumentalizados por burócratas que impusieran sus ideas.

La población se sentía protagonista de su propio movimiento y, cada vez más, de sus propias vidas. El vecindario imaginó el barrio que quería, organizó esa idea en un plan y luchó por él, a la vez que negociaba con representantes de la administración y empresas privadas. Decidía colegiadamente cuándo variar algún objetivo y cuándo demostrar fuerza para obligar a un cambio en la posición de sus interlocutores. También se incorporaba a iniciativas ciudadanas más generales contra el racismo, sexismo y otras desigualdades. Las personas no eran objetos de líderes y organizaciones, sino sujetos de sus propias acciones.

Un tiempo antes, Manuel había tenido una profunda crisis de confianza en la gente. Sentía la caída del modelo industrial de solidaridad obrera como si fuera, en general, de todos los movimientos solidarios. Además, quienes habían participado en las huelgas votaban a partidos que sostenían la estrategia capitalista. Les consideraba adaptados al sistema.

Por fin encontró una organización popular orientada a una transformación muy global de la sociedad. La coordinadora de entidades del barrio luchaba por la igualdad y conseguía servicios gratuitos para mejorar la calidad de vida de todo el vecindario. La diversidad de participantes y objetivos planteados facilitaba nuevas relaciones entre personas de diferentes géneros, etnias y edades, así como con la cultura e instituciones.

Con once años había dedicado unas propinas, equivalentes a la tercera parte de su sueldo, a pagar un maestro que le golpeaba con la regla y creaba expectativas negativas de aprendizaje. La asistencia gratuita a unas clases de gran calidad equivalía a un incremento salarial indirecto de todo el mundo, incluso de quienes carecían de sueldo.

El sueño social de Manuel fue redibujado por las demostraciones cotidianas de solidaridad entre tipos tan diferentes de personas. Aunque votaran a partidos que perjudicaban a los trabajadores, eran excelentes compañeros, realizaban transformaciones profundas de sus vidas e incluso se enfrentaban decididamente a los grupos políticos que habían votado, cuando creían que hacían una injusticia. Ahora descubría que esas personas -que antes le habían parecido objetos del capitalismo- eran sujetos creadores de nuevas relaciones y realidades.

La perspectiva revolucionaria era algo más que un prometido paraíso para el futuro: un ambiente que se respiraba en el presente. La chispa emancipadora podía verse en sus ojos cuando compartían palabras sobre los sentimientos que sus lecturas inspiraban y las transformaciones, personales y colectivas, que estaban realizando.

Saltando tapias

Al matricularse, Manuel tenía dos objetivos: aprender a escribir y conseguir el título de graduado. El seguimiento del curso trajo ventajas y también inconvenientes. La superación de

su complejo con la lectoescritura acarreó una nueva frustración: la imposibilidad de eliminar muchos de sus problemas ortográficos. Se negó a pasar de alfabetización a neolectores hasta conseguirlo. Incluso se fue temporalmente a otro centro cuando en La Verneda de Sant Martí se le insistió en que cambiara a otro curso.

Hablando de sus dudas sobre la tertulia literaria, su pregunta fue: «¿Corregiré así mis faltas?». Goyo contestó que considerar su diversidad lingüística como un error era una barrera que las élites ponían al aprendizaje de la mayoría, y le propuso que se concentrara en mejorar su comprensión y expresión. La respuesta de Manuel hizo replantearse muchas cosas a este educador: «¡Claro!, eso suena muy bien, pero ni tú serías maestro si tuvieras mis faltas ni yo pasaré así la prueba de entrada en un trabajo si llevo a necesitarlo».

Goyo comprendió que una cosa era derrumbar los muros al aprendizaje de la mayoría y otra la necesidad de saltarlos mientras existieran. En todo caso, resultaba deshonesto negar a los demás un derecho que tú ya has ejercido, cuestionar la importancia que tenía para Manuel eliminar sus faltas cuando él no hacía ninguna y por eso había conseguido titulación y empleo.

Tiempo después, leyeron y comentaron *Rayuela*. Esta novela de Cortázar, considerada por muchos como la mejor escrita en castellano -del siglo XX-, recrea el tema de la gente argentina en París y su retorno. El grupo tenía una idea entusiasta de la rebelión del autor contra el «Orden», a partir de sus fantásticas *Historias de cronopios y famas*; en estos relatos cortos, «cronopios» son las personas que aplican el tubo de pasta dentífrica sin cuidado y «famas» las preocupadas por no derrocharlo.

Rayuela sorprendió a la crítica internacional por diferentes motivos. Por ejemplo, puede ser leída de dos formas: siguiendo el orden habitual o en una secuencia diferente. El capítulo 69 está escrito en ortografía fonemica. Parece extraño al principio, pero mucho más fácil que las actuales normas oficiales para quienes están aprendiendo a escribir, aún más, para quienes ablan con fonemas diferentes a los oficiales. Las personas de la tertulia se pusieron a escribir tal como ablaban y se dieron cuenta que sus faltas desaparecían de repente. No estaba la letra «h» ni los acentos gráficos, ni dos grafías («b/v», «c/k», «g/j», «i/y», «ll») para un mismo fonema. La diversidad de pronunciaci3nes permite diferentes escrituras. Pero, entonces, ¿un boliviano ya no entendera una carta de una sebiyana, al usar diferentes grafías?; sí, lo mismo que ahora se entienden hablando, aunque usen diferentes fonemas,

Andrés Bello había propuesto en el siglo XIX una reforma fonémica de la ortografía. Si hubiéramos hecho caso a este lingüista latinoamericano, la correspondencia directa entre fonemas y grafemas simplificaría la alfabetización y respetaría la diversidad de usos de la lengua. Esta reforma eliminaría un importante exclusor cultural y convertiría las faltas de Manuel en riqueza lingüística; podría escribir «sapato» en lugar de «zapato» sin recibir los golpes físicos de su primer maestro ni los institucionales de la sociedad letrada. En todo caso, el capítulo de *Rayuela* hizo que las personas participantes vieran sus dificultades como un error social de la gente con poder para imponer la «escritura correcta», en vez de como una deficiencia personal.

La reacción del grupo enseñó a Goyo que había actuado con frivolidad llevando la defensa del acento andaluz hasta quitar importancia al aprendizaje de las normas establecidas. Intentando corregir su equivocaci3n, explicó que en esas reuniones era difícil abordar explícitamente la correcci3n de las faltas, que había otro curso con ese objetivo específico. Pero también sugirió que la lectura y el comentario colectivo fomentarían diversos aprendizajes, el ortográfico entre ellos. Al final Manuel se decidió, participó en la tertulia y se reintegró a los cursos formales sacando el título de graduado, aunque siguió teniendo dificultades con algunas grafías.

Entre lo popular y el populismo

Al principio, Manuel solo gozaba con libros escritos por personas con una clara posici3n personal en favor de la clase obrera y que, además, describían su vida y su lucha. Miguel Hernández murió en la cárcel de la dictadura y su “Nanas de la cebolla” es una canci3n dramática del sufrimiento del pueblo; Zola se implicó en el caso Dreyfus y murió en extrañas circunstancias (su *Germinal* es quizá la primera novela proletaria); Víctor Hugo fue favorable a la Comuna de París y su *Miserables* habla de rebeli3n.

Por el contrario, le costaba aceptar el entusiasmo de algunas personas por las *Ficciones* de Borges. Este escritor tomó una postura confusa durante la última dictadura argentina y escribió historias de y para intelectuales, prescindiendo de la gente y del saber popular. Le enfadaba ver interés en relatos de Borges como «Pierre Menard, autor del Quijote», donde la novela es recreada por el traductor de la obra cervantina, destacándose el reflejo de la propia experiencia

del escritor argentino: leyó antes la versión inglesa del Quijote que la novela original escrita en castellano por Cervantes, de forma que esta siempre le pareció una fea traducción de aquella. El comentario abordaba la independencia del escrito respecto del autor, defendiendo una diferente interpretación por cada persona.

Algunas voces rechazaban entrar en esas valoraciones porque experimentar la multiplicidad de textos a través de la traducción de una novela les parecía tan elitista como las fiestas aristocráticas. Consideraban que el aprecio recobido era, más que por su calidad, por su carácter exclusivo que limita el acceso a una minoría. Una parte del colectivo reaccionaba con un populismo que únicamente daba valor a la literatura que surgía del realismo social de orientación popular. La imagen del naturalista Zola tomando notas en cualquier esquina donde tuviera lugar la vida del pueblo, para así describirla mejor, era considerada como un estupendo ejemplo.

El creciente interés por el naturalismo y realismo franceses llevó a leer Balzac y Flaubert. El Papa Goriot se tomó como una increíble penetración en el tipo de personas avariciosas generadas por el capitalismo. Mientras el padre Goriot muere abandonado, después de haberse entregado totalmente al amor hacia sus hijas, Rastignac pretende a una de ellas y muestra su infinita avaricia. Decepcionó enterarse de que la pluma crítica había sido guiada por un escritor tan codicioso como el personaje. Sintieron un verdadedero desengaño al conocer que la aspiración de Balzac era convertirse en uno de los cuatro hombres más importantes del siglo XIX, poniéndose al mismo nivel que su héroe Napoleón.

Una persona muy avara escribió una magnífica y exhaustiva crítica de quienes eran como él. Es más, quizá por ser así logró una descripción tan penetrante. Poco a poco, el grupo iba valorando más la literatura por las interpretaciones de quienes la leen y menos por la vida e ideas de quienes la escriben. Se iban convenciendo que la gente del pueblo es quien más pierde si se autoexcluye de determinadas lecturas.

El debate generó polémica sobre los efectos del realismo socialista. Una parte del colectivo sostuvo que el estalinismo había impuesto una subordinación del arte a lo que sus burócratas definían como intereses del proletariado. En la práctica, consideraban a la clase obrera como observadora inocente o intelectualmente deficiente. Si una pintura representaba una persona trabajando, debía estar triste si lo hacía en una fábrica capitalista y contenta si era en una fábrica socialista. Los burgueses debían ser todos malos y los líderes del Partido todos buenos, excepto quienes fueran calificados de traidores.

El colectivo considera a las personas como sujetos de sus propias interpretaciones. Esta perspectiva encaja con el relato «Pierre Menard», en vez del Borges que disculpó la dictadura. Si este traductor pudo recrear un Quijote diferente del escrito por Cervantes, también las personas de la tertulia pueden recrear el *Papa Goriot* y cualquier otra obra, sin que los datos sobre la vida del autor limiten esa creación. El diálogo transformó la novela de una persona avariciosa en una crítica radical contra ella y en una encendida defensa de la solidaridad.

Demoliendo muros elitistas

Las autoridades construyen muros entre la gente y determinados tipos de literatura. Hay poderes literales y metafóricos; el estalinismo era un poder literal para quienes vivían en Europa del Este bajo su dictadura, y metafórico para los grupos de otros países que seguían dogmáticamente las consignas de Stalin. A diferencia de los literales, impuestos por la violencia directa, los poderes metafóricos pueden disolverse con el diálogo.

En la tertulia no había poderes literales, pero sí metafóricos. El principal era la concepción dominante de «alta» cultura. Manuel sentía que esta barrera producía efectos negativos tanto para la población como para el arte. Por un lado, la mayoría era excluida de los libros considerados selectos. Por otro, se impedía el enriquecimiento de la literatura al ser apartada de las lecturas e interpretaciones de la gente del pueblo.

Los coloquios se refieren a las circunstancias concretas de las personas participantes. Sus necesidades, deseos, opiniones, sueños, son diferentes de los habituales entre las élites: brotan de existencias personales y sociales llenas de problemas básicos. La literatura aporta nuevas perspectivas a sus vidas y estas añaden inusuales interpretaciones a la literatura. Ambas se enriquecen y transforman mutuamente.

La autoconfianza crece mientras los muros caen. Las personas toman el derecho de decidir por sí mismas -sin imposiciones externas- qué es interesante leer y qué es importante o trivial. No piden permiso para entrar como miembros de segunda categoría en el club de lectores de narraciones selectas. Si lo hicieran, sus interpretaciones serían clasificadas como deficientes, pues sus saberes populares son evaluados como ignorancia por la «alta» sociedad,

Las personas como Manuel irrumpen dentro de la restrictiva área de la literatura clásica rompiendo los muros elitistas. Las obras son recursos para lo que Freire denominaba comunicación cultural, creación de nuevos saberes partiendo de las propias identidades y del diálogo con las demás personas, incluyendo quienes escribieron los textos.

Las lecturas cambian sus imágenes respecto de sí mismas, sus familias y amistades. Disminuyen algunas barreras porque su exclusión como «ignorantes» se debilita al ver que la mayoría de personas con superiores niveles académicos no leen ese tipo de libros. Contradictoriamente, otros problemas aumentan; por ejemplo, cuando comienzan a llevarse la novela a otra habitación de la casa en vez de compartir tanto tiempo de televisión.

Como siempre, la transformación es ambivalente, crea interacciones con consecuencias personales y sociales, con nuevas ventajas e inconvenientes. Todas estas repercusiones tienen lugar en circunstancias particulares que son tenidas muy en cuenta por cada participante. La perspectiva práctica del grupo es el resultado de los entornos concretos donde se va desarrollando la vida de las personas que lo integran.

Los círculos distinguidos consideran este enfoque práctico como resultado de un déficit artístico. Desprecian los gustos de la gente, mientras engrandecen las actitudes de las «minorías selectas» como si poseyeran en exclusiva el sentido estético puro. La acción dialógica supera esos prejuicios al demostrar que las élites también relacionan las lecturas con sus contextos particulares. Goyo se fija más en las metáforas porque son relevantes en su entorno académico. Las personas de la tertulia -como Manuel- tienen más en cuenta cómo los personajes de las novelas o quienes las escriben consiguen recursos materiales, porque es un continuo problema de sus realidades cotidianas. Las dos son formas de vivir el arte, ninguna es mejor o peor que la otra, son simplemente diferentes.

La desigualdad de la sociedad de la información crea también desiguales lecturas. El peligro es que algunas sean excluidas como deficientes. La gente de abajo no suele leer literatura clásica por razones económicas, culturales y sociales. Además, cuando lo hace, sus interpretaciones son consideradas artísticamente inferiores. Es la fórmula para apartar a Manuel del debate donde se establecen los muros entre saberes populares y conocimientos oficiales. Por el contrario, el diálogo cultural incluye la participación popular en la elaboración del saber, en lugar de reducirse a una extensión entendida como hacer llegar a todo el mundo los conocimientos clasificados como superiores.

Manuel sentía intensamente cómo, en el paisaje elitista, los problemas básicos de la gente necesitada -hambre, desempleo y alfabetización- no tenían espacio. Las pocas veces que eran tenidos en cuenta, se abordaban desde el punto de vista de las personas que nunca se han enfrentado a ellos. Esta crítica no le hacía defender que solo los mineros pueden escribir sobre sí mismos o leer y comentar literatura sobre su trabajo; planteaba que también los mineros, camareras y trabajadores del hogar pueden escribir o hablar de literatura sobre los intelectuales, de la misma forma que estos escriben y hablan sobre las vidas de todo el mundo.

Cuando ese igualitario proceso se generalice, asistiremos a una significativa mejora artística y social. Artísticamente, la literatura se enriquecerá con nuevos diálogos y dimensiones. Socialmente, creará nuevas perspectivas para enfrentarse a los problemas básicos de la población. Para Manuel, la cuestión de fondo es si la literatura tiene algo que ver con las vidas y culturas de toda la humanidad o si, por el contrario, es únicamente una actividad de las élites que hasta ahora la han venido monopolizando.